

GEORGES SIMENON

EL CASO  
SAINT-FIACRE

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE LLUÍS MARIA TODO

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *L'affaire Saint-Fiacre*

Publicado por

A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

L'AFFAIRE SAINT-FIACRE © 1932 by Georges Simenon  
Limited, todos los derechos reservados

«El caso Saint-Fiacre» © 2018 by Georges Simenon  
Limited, todos los derechos reservados

GEORGES SIMENON ® Simenon.tm, todos los derechos reservados  
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados  
© de la traducción, 2018 by Lluís Maria Todó Vila  
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu  
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya  
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, cementerio de la Cartoixa de Montalegre  
en Tiana (c. 1967)

ISBN: 978-84-17346-13-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 7923-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| La niña bizca                 | 7   |
| El misal                      | 21  |
| El monaguillo                 | 33  |
| Marie Vassiliev               | 49  |
| El segundo día                | 63  |
| Los dos bandos                | 75  |
| Las citas de Moulins          | 89  |
| La invitación a la cena       | 103 |
| Bajo el signo de Walter Scott | 115 |
| El velatorio                  | 131 |
| El silbato de dos tonos       | 141 |



## LA NIÑA BIZCA

Alguien rascó tímidamente en la puerta; se oyó el ruido de un objeto depositado en el suelo; una voz furtiva.

—¡Son las cinco y media! Acaba de sonar el primer toque de misa.

Maigret hizo rechinar el somier de la cama al incorporarse sobre los codos y mientras miraba asombrado el tragaluz abierto en el techo inclinado, la voz prosiguió:

—¿Va usted a comulgar?

Maigret se había levantado y apoyaba los pies descalzos en el suelo helado. Anduvo hacia la puerta, que cerraba gracias a un cordel enrollado en dos clavos. Se oyeron unos pasos que huían y, cuando salió al pasillo, sólo alcanzó a ver una silueta de mujer en camisón y enaguas blancas.

Entonces recogió la jarra de agua caliente que Marie Tatin le había dejado, cerró la puerta y buscó un trozo de espejo para afeitarse.

A la vela apenas le quedaban unos minutos de vida. Al otro lado del tragaluz, la oscuridad todavía era completa, una fría madrugada de principios de invierno. Algunas hojas secas aún pendían de las ramas de los álamos de la plaza mayor.

Maigret sólo podía ponerse de pie en el centro de la buhardilla, debido a la inclinación del techo a dos aguas. Tenía frío. Durante toda la noche, un hilillo de aire cuyo origen no había podido localizar le había estado helando la nuca.

Y precisamente aquella clase de frío lo turbaba al retrotraerlo a un ambiente que creía haber olvidado.

El primer toque de misa. Las campanas en el pueblo dor-

mido. Cuando era niño, Maigret nunca se levantaba tan temprano. Esperaba al segundo toque, el de las seis menos cuarto, porque en aquel tiempo no necesitaba afeitarse. ¿Se lavaba la cara, al menos?

Nadie le traía agua caliente. Algunas veces el agua de la jarra estaba helada. Poco después, sus zapatos retumbaban en la dura carretera.

Ahora, mientras se vestía, oyó como Marie Tatin trajinaba en el comedor de la fonda: golpeaba la reja de la estufa, hacia entrechocar la vajilla, hacía girar el molinillo de café.

Se puso la chaqueta, el abrigo. Antes de salir, sacó de la cartera un papel grapado a un impreso administrativo que llevaba el encabezamiento:

POLICÍA MUNICIPAL DE MOULINS.  
TRANSMITIDO A TODOS LOS EFECTOS  
A LA POLICÍA JUDICIAL DE PARÍS

Y en una hoja cuadriculada, con letra esmerada:

Les comunico que se cometerá un crimen en la iglesia de Saint-Fiacre, durante la primera misa del Día de Difuntos.

El papel había estado dando tumbos durante varios días por los despachos del quai des Orfèvres. Maigret lo había visto por casualidad y le había llamado la atención.

—¿Saint-Fiacre? ¿Cerca de Matignon?

—Es posible, porque nos lo han mandado de Moulins.

Y Maigret se había metido el papel en el bolsillo. ¡Saint-Fiacre! ¡Matignon! ¡Moulins! Nombres que le resultaban de lo más familiares.

Él había nacido en Saint-Fiacre, donde su padre había

sido administrador del castillo durante treinta años. La última vez que estuvo allí fue precisamente cuando murió su padre, al que enterraron en el pequeño cementerio situado detrás de la iglesia.

«... se cometerá un crimen... durante la primera misa...».

Maigret había llegado la víspera. Se había alojado en la única fonda, la de Marie Tatin.

Ella no lo había reconocido, pero él sí a ella, por sus ojos. La bizca, solían llamarla, una niña flaca que se había convertido en una solterona todavía más delgada, cada vez más estrábica, que trajinaba sin desmayo por el comedor, por la cocina, por el corral donde criaba conejos y gallinas.

El comisario bajó. El comedor estaba iluminado por una lámpara de petróleo. En un rincón estaba puesto su cubierto. Una gruesa rebanada de pan negro. Olor a café de achicoria, a leche hirviendo.

—Está muy mal eso de no ir a comulgar en un día como hoy. Y ya que se toma la molestia de asistir a la primera misa. ¡Jesús, ya dan el segundo toque!

El tañido de las campanas era débil. Se oyeron pasos en la carretera. Marie Tatin se fue corriendo hacia la cocina para ponerse el vestido negro, los guantes de hilo y el sombrerito, que no se mantenía derecho por culpa del moño.

—Le dejo que termine de desayunar. ¿Se acordará de cerrar la puerta con llave?

—No, si yo también estoy preparado.

¡Le daba vergüenza hacer el camino con un hombre! ¡Un hombre, además, que venía de París! Andaba a pasitos, inclinada hacia delante, en la fría mañana. Las hojas secas revoloteaban por el suelo. Su crujido indicaba que durante la noche había helado.

Había otras sombras que convergían hacia la puerta vagamente iluminada de la iglesia. Las campanas seguían ta-

ñendo. Había algunas luces en las ventanas de las casas bajas: las de la gente que se vestía apresuradamente para llegar a la primera misa.

Maigret revivía las sensaciones de antaño: el frío, el escorzor en los ojos, la punta de los dedos helada, el regusto del café. Y después, al entrar en la iglesia, una vaharada de calor, de luz tenue; el olor de los cirios, del incienso...

—Discúlpeme... yo tengo mi reclinitorio—dijo Marie.

Maigret reconoció la silla negra con apoyabrazos de terciopelo rojo de la vieja Tatin, la madre de la niña bizca.

La cuerda que el campanero acababa de soltar todavía se balanceaba en el fondo de la iglesia. El sacristán encendía los últimos cirios.

¿Cuántos eran en aquella reunión fantasmagórica de gente medio dormida? Unos quince, a lo sumo. Sólo había tres hombres: el sacristán, el campanero y Maigret.

«... se cometerá un crimen...».

En Moulins, la policía había creído que se trataba de una broma pesada, y no se le dio mayor importancia. En París, les extrañó ver que el comisario desaparecía.

Éste oía un ruido detrás de la puerta situada a la derecha del altar, y podía adivinar segundo a segundo lo que tenía lugar en la sacristía: el monaguillo que llegaba tarde, el párroco que, sin mediar palabra, se ponía la casulla, juntaba las manos, se dirigía hacia la nave, seguido por el chiquillo, que iba tropezando con su propio hábito.

El chiquillo era pelirrojo. Agitó la campanilla. Empezó el murmullo de los rezos litúrgicos.

«... durante la primera misa...».

Maigret había observado, una a una, todas las sombras. Cinco ancianas, tres de las cuales con reclinitorio particular.



Una campesina corpulenta. Algunas campesinas más jóvenes y un niño.

Afuera se oyó el ruido de un coche. El chirrido de una portezuela. Pasos cortos, ligeros, y una señora enlutada atravesó toda la iglesia.

En el coro había una hilera de sillas reservadas a los habitantes del castillo, unos asientos duros, de madera vieja muy pulida. Y allí se instaló la dama, sin hacer ruido, seguida por la mirada de las campesinas.

—*Requiem aeternam dona eis, Domine...*

Seguramente Maigret todavía habría podido dar la réplica al cura. Sonrió al pensar que en otros tiempos prefería las misas de difuntos a las otras, porque los rezos son más cortos. ¡Recordaba algunas misas celebradas en dieciséis minutos!

Pero ahora ya sólo miraba a la ocupante del sitial gótico. Apenas podía ver su perfil. Le costó reconocer a la condesa de Saint-Fiacre.

—*Dies irae, dies illa...*

Pero ¡era ella, sin duda! La última vez que la había visto ella tenía veinticinco o veintiséis años. Era una mujer alta, delgada, melancólica, a la que era inevitable ver de lejos en el parque.

Y ahora debía de tener sus buenos sesenta años. Rezaba con fervor. Tenía el rostro demacrado, y sus manos, demasiado largas, demasiado finas, estrechaban un misal.

Maigret se había quedado en la última fila de sillas de mimbre, que en la misa mayor se pagan a cinco céntimos, pero en las misas rezadas son gratuitas.

«... se cometerá un crimen...».

Se levantó con todos los demás en el primer Evangelio. Por todas partes había detalles que reclamaban su atención, recuerdos que se le imponían. Por ejemplo, de repente pensó: «El Día de Difuntos el mismo cura celebra tres misas».

En sus tiempos, desayunaba en la rectoría, entre la segunda y la tercera misa. ¡Un huevo pasado por agua y queso de cabra!

La policía de Moulins tenía razón: allí no podía cometerse ningún crimen. El sacristán se había situado en un extremo del coro, a cuatro sillas de distancia de la condesa. El campanero se había ido con pasos lentos, como un director de teatro que se desentiende de la representación de su espectáculo.

Los otros hombres que quedaban eran Maigret y el cura, un cura joven con una ardiente mirada de místico. A diferencia del viejo cura que Maigret había conocido, éste no iba con prisas.

Las cristaleras palidecían. Afuera se iba haciendo de día. Una vaca mugía en una granja.

Y enseguida todo el mundo dobló el espinazo para la elevación. La débil campanilla del monaguillo tintineaba.

Maigret fue el único que no comulgó. Todas las mujeres avanzaron hacia el comulgatorio con las manos juntas y el rostro sombrío. Las hostias, tan pálidas que parecían irreales, pasaban durante un instante por las manos del sacerdote.

El servicio proseguía. La condesa ocultaba el rostro entre las manos.

—*Pater Noster... Et ne nos inducas in tentationem...*

Los dedos de la vieja dama se separaron, dejaron al descubierto su expresión atormentada, abrieron el misal.

Todavía cuatro minutos más. Las oraciones. El último Evangelio. Entonces saldrían todos. ¡Y no se habría cometido ningún crimen!

Porque el aviso lo decía claramente: «la primera misa».

La prueba de que la misa se estaba acabando era que el sacristán se levantaba, entraba en la sacristía.

La condesa de Saint-Fiacre ocultaba de nuevo el rostro entre las manos. No se movía. La mayor parte de las demás ancianas estaban igualmente rígidas.

—*Ite missa est...* La misa ha terminado.

Sólo entonces Maigret tuvo conciencia de hasta qué punto había estado angustiado. Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Lanzó un suspiro involuntario. Esperó con impaciencia el fin del último Evangelio, pensando que saldría a respirar aire fresco, a ver el movimiento de la gente, a oírlos hablar de unas cosas y otras.

Las viejas se despertaron todas a un tiempo. Arrastraron los pies por las frías baldosas azuladas del templo. Una campesina se dirigió hacia la salida, después otra. Apareció el sacristán con un apagavelas y un hilillo de humo azul substituyó la llama de las velas.

Había amanecido. Una luz gris penetraba en la nave al mismo tiempo que las corrientes de aire.

Quedaban tres personas... Dos... Una silla se movía... No quedaba más que la condesa, y los nervios de Maigret se crisparon de impaciencia.

El sacristán, que había terminado su tarea, miró a la señora de Saint-Fiacre. Por su rostro cruzó una duda, instante en que el comisario se aproximó.

Se detuvieron los dos muy cerca de ella, extrañados de su inmovilidad, tratando de ver su cara, oculta por las manos unidas.

Maigret, impresionado, le tocó el hombro. Y el cuerpo vaciló, como si su equilibrio pendiera de un hilo, y rodó por el suelo, inerte.

La condesa de Saint-Fiacre estaba muerta.

Llevaron el cuerpo a la sacristía y lo tendieron sobre tres sillas que habían juntado. El sacristán salió corriendo para ir a buscar al médico del pueblo.

Maigret había olvidado lo insólito de su presencia. Tar-

dó varios minutos en comprender la interrogación de sospecha que albergaba la mirada ardiente del cura.

—¿Quién es usted?—preguntó al fin—. ¿Cómo es que...?

—Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

Miró al sacerdote a los ojos. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de rasgos regulares pero tan graves que evocaban la fe adusta de los frailes de antaño.

Estaba profundamente turbado. Con una voz menos firme, murmuró:

—¿No querrá decir que...?

Todavía no se habían atrevido a desnudar a la condesa. Habían puesto un espejo delante de sus labios, sin ningún resultado. Habían auscultado su corazón, que había dejado de latir.

—No veo ninguna herida—se limitó a replicar Maigret.

Y miró a su alrededor, aquel escenario inmutable en el que treinta años no habían cambiado ningún detalle. Las vinajeras seguían en el mismo sitio, y la casulla preparada para la misa siguiente, y la sotana y la sobrepelliz del monaguillo.

La luz sucia que entraba por una ventana ojival disipaba el resplandor de un candil de aceite.

Hacía frío y calor a la vez. El sacerdote se veía asaltado por pensamientos terribles.

—Pero no llegaremos al extremo de pretender que...

¡Un drama! Al principio Maigret no lo comprendió. Los recuerdos de su infancia seguían aflorando como burbujas.

«... Si en una iglesia se comete un crimen, deberá ser consagrada de nuevo por el obispo...».

¿Cómo podía haberse cometido un crimen? ¡No se había oído ningún disparo! ¡Nadie se había acercado a la conde-

sa! Durante toda la misa, Maigret no le había quitado prácticamente los ojos de encima.

¡Y no había derramamiento de sangre, ninguna herida aparente!

—La segunda misa es a la siete, ¿verdad?

Fue un alivio oír los pasos sonoros del médico, un hombre-tón sanguíneo que quedó impresionado por el ambiente, y que se puso a mirar alternativamente al sacerdote y a Maigret.

—¿Está muerta?—preguntó.

Él no vaciló en desabrocharle la blusa, mientras el sacerdote volvía la cabeza. Unos pasos se arrastraron por la iglesia. Después se oyó la campana accionada por el campanero. El primer toque de misa de siete.

—Sólo se me ocurre una embolia para... Yo no era el médico de cabecera de la condesa, ella prefería que la visitara un colega de Moulins. Pero me llamaron al castillo dos o tres veces. La condesa estaba muy delicada del corazón.

La sacristía era pequeña. Los tres hombres y el cadáver apenas cabían en ella. Llegaron dos monaguillos, pues la misa de siete era misa mayor.

—El coche de la condesa debe de estar ahí fuera—dijo Maigret—. Habría que llevarla a su casa.

Todavía notaba clavada en él la mirada angustiada del sacerdote. ¿Había adivinado algo? El caso es que, mientras el sacristán, ayudado por el chofer, trasladaba el cuerpo hacia el automóvil, el cura se acercó al comisario.

—¿Está usted seguro de que...? Todavía me quedan dos misas por decir. Hoy es el Día de Difuntos. Mis fieles son...

Si la condesa ya estaba muerta, ¿no podía Maigret tomarse la libertad de tranquilizar al cura?

—Ya ha oído lo que ha dicho el doctor.

—Pero usted ha venido hasta aquí, precisamente a esta misa.

Maigret hizo un esfuerzo por no parecer turbado.

—Una casualidad, señor cura. Mi padre está enterrado en su cementerio.

Y apretó el paso hacia el coche, un cupé de un modelo antiguo, que el chofer ponía en marcha accionando una manivela. El médico no sabía qué hacer. En la plaza había algunas personas y no entendían nada de lo que estaba ocurriendo.

—Venga con nosotros—dijo Maigret.

Pero el cadáver ocupaba todo el asiento trasero del coche. Maigret y el médico se apretaron junto al chofer.

—Parece usted extrañado por lo que le acabo de decir—murmuró el médico, que todavía no había recuperado todo su aplomo—. Si conociera la situación, tal vez lo entendería mejor. La condesa...

Se calló al mirar al chofer con librea negra, que conducía el coche con aire ausente. Estaban atravesando la plaza mayor, en cuesta, limitada a un lado por la iglesia erigida en un talud y al otro por el estanque de Notre-Dame, que aquella mañana tenía un color gris venenoso.

La fonda de Marie Tatin estaba a la derecha, era la primera casa del pueblo. A la izquierda había una avenida bordeada de robles y, al fondo, la masa oscura del castillo.

El cielo era uniforme, tan frío como una pista de hielo.

—Ya puede figurarse que esto va a ser un drama. Por eso la cara avinagrada del cura.

El doctor Bouchardon era un campesino, hijo de campesinos. Llevaba un traje de caza pardo y botas altas de caucho.

—Iba a cazar patos a la laguna.

—¿Usted no va a misa?

El doctor le guiñó el ojo.

—Bueno, eso no me impedía tener una buena amistad con el antiguo cura. Pero con éste...

Estaban entrando en el parque. Ahora se distinguían los detalles del castillo, las ventanas de la planta baja cegadas con postigos, las dos torres en las esquinas, las únicas partes antiguas del edificio.

Cuando el coche se detuvo frente a la escalinata, Maigret clavó la mirada entre las rejas de las ventanas, a ras del suelo, y entrevió las cocinas llenas de vaho, con una mujer gruesa ocupada en desplumar perdices.

El chofer no sabía qué hacer, no se atrevía a abrir las puertas del cupé.

—El señor Jean no debe de haberse levantado todavía.

—Llame a quien quiera. Seguro que hay otros criados en la casa.

Maigret tenía la nariz húmeda. Hacia mucho frío. Se quedó en el patio con el médico, que se puso a llenar una pipa.

—¿Quién es el señor Jean?

Bouchardon se encogió de hombros, esbozando una sonrisa extraña.

—Pronto lo sabrá.

—Pero, dígame, ¿quién es?

—Un joven... Un joven encantador...

—¿Pariente?

—Podríamos decir que sí. A su manera... Bueno, ya puestos, se lo voy a decir ahora mismo: es el amante de la condesa. Oficialmente es su secretario...

Maigret miraba al doctor directamente a los ojos: recordaba haber ido a la escuela con él. Pero nadie había reconocido aún al comisario. Ahora tenía cuarenta y dos años y estaba algo grueso.

Conocía aquel castillo mejor que nadie. Sobre todo las dependencias. Le hubiera bastado dar algunos pasos para ver la casa del administrador, donde él había nacido.

Debían de ser aquellos recuerdos los que lo tenían tan

turbado. Sobre todo el recuerdo de la condesa de Saint-Fiacre tal como él la había conocido: una mujer joven que, para él, para aquel chiquillo de pueblo que había sido él, personificaba toda la feminidad, toda la gracia, toda la nobleza...

¡Y ahora estaba muerta! La habían empujado, como una cosa inerte, al interior del cupé, y habían tenido que doblarle las piernas. Ni siquiera le habían abrochado la blusa, y la lencería blanca asomaba bajo el negro del vestido de luto.

«... se cometerá un crimen...».

¡Pero si el médico afirmó que había muerto de una embolia! ¿Qué adivino había podido prever una cosa así? ¿Y por qué había convocado a la policía?

Se oía a alguien corriendo por el castillo, puertas que se abrían y se cerraban. Un mayordomo a medio vestir de librea había entreabierto la puerta principal y vacilaba antes de avanzar. Detrás de él asomó un hombre en pijama, despeinado y con los ojos cansados.

—¿Qué pasa aquí?—gritaba.

—¡El gigoló!—gruñó cínicamente el médico al oído de Maigret.

La cocinera también había oído el jaleo. Miraba en silencio por la ventana del sótano. En las habitaciones de los criados se abrían los tragaluces.

—Bueno, ¿qué?—exclamó Maigret, indignado y con voz estentórea—. ¿A qué estamos esperando para transportar a la condesa a su cama?

Todo aquello le parecía un sacrilegio porque no encajaba con sus recuerdos de infancia, y le provocaba un malestar no sólo moral, sino también físico.

«... se cometerá un crimen...».

La campana tañía el segundo toque de misa. Los fieles tenían que apresurarse. Había campesinos que venían de le-



jos, en carro. Y traían flores para depositarlas sobre las tumbas del cementerio.

Jean no se atrevía a acercarse. El mayordomo, que había abierto la portezuela del coche, se quedó aterrorizado, sin hacer nada.

—La señora condesa... La señora...—balbucía.

—Bueno, ¿qué? ¿Piensa dejarla ahí? ¡Muévase!

¿Por qué el médico tenía aquella sonrisa irónica?

Maigret empleó su autoridad.

—A ver, dos hombres. ¡Usted y usted!—dijo señalando al chofer y al criado—. Llévela a su habitación.

Y mientras se inclinaban hacia el coche, en el vestíbulo sonó un timbre.

—¡El teléfono! ¡Qué raro, a esta hora!—refunfuñó Bouchardon.

Jean no se atrevía a cogerlo. Parecía pasmado. Fue Maigret quien se precipitó al interior de la casa y descolgó el aparato.

—¿Diga? Sí, es el castillo.

—¿Quiere ponerme con mi madre? Ya debe de haber vuelto de misa—dijo una voz que parecía provenir de muy cerca.

—¿Quién llama?

—El conde de Saint-Fiacre. Además, eso no es cosa suya. Póngame con mi madre.

—Un momento. ¿Puede decirme desde dónde llama?

—Desde Moulins. Maldita sea, ya le he dicho que...

—¡Será mejor que venga enseguida!—se limitó a articular Maigret antes de colgar.

Tuvo que arrimarse a la pared para dejar paso al cuerpo que transportaban los dos criados.